

colocándoos desde el primer instante de nuestra existencia en estado de servir de holocausto para su gloria y para nuestra salvación. Sed para siempre bendito, y ojalá puedan muchos jóvenes y nobles corazones, inspirándose en vuestro ejemplo, ofrecerse con vos á vuestro Padre celestial, como sacrificio de agradable olor para la salvación de sus hermanos, en estos desdichados tiempos, en que tan gran número de ellos, pervertidos por la impiedad y la corrupción del siglo, se pierden para siempre.

CAPÍTULO XIV.

LA UNIÓN DE NUESTROS SUFRIMIENTOS CON LOS DE JESUCRISTO SE OBRA POR EL ESPÍRITU SANTO.

Vale mucho saber que nuestros sufrimientos no pueden ser *deíficos* sino en virtud de nuestra unión con Jesucristo; y vale mucho más todavía desear esta unión y cumplirla. Pero ¿de dónde se ha de sacar esta ciencia sobrenatural del sufrimiento? ¿De dónde se ha de sacar este deseo eficaz de sufrir en conformidad con Jesucristo? No es ciertamente el genio del hombre el que ha de proporcionarle esta luz, ni su voluntad este deseo. Todo lo que tiende al orden sobrenatural supera infinitamente las energías de la humana naturaleza. Por poderosas que se os figuren, siempre habrá entre la una y el otro la distancia de un abismo inmenso, la distancia de lo infinito. Si el hombre llega á poseer esta ciencia, si se eleva á estas afecciones, á estos actos sobrenaturales, bien puede decirse, en conclusión, que un nuevo sol se ha levantado sobre su cabeza, el cual enviándole sus celestiales rayos para esclarecer su espíritu, ha comunicado á su voluntad y á su corazón sus energías divinas y su divina vitalidad. Pero ¿cuál es, preguntarás, ese misterioso sol de las almas, que las inunda de claridad y las vivifica, dándoles la divina ciencia del

sufrimiento y la fuerza requerida para soportarle sobrenaturalmente? Este sol es el *Espíritu Santo*. Sin él la inteligencia humana, en el orden sobrenatural, permanece sepultada en noche profunda; y la voluntad, reducida á la impotencia, yace inerte y sin vida. Esto es lo que hace decir á Bossuet las palabras siguientes, que pueden leerse en uno de sus discursos para el día de Pentecostés, donde trata con su elocuencia acostumbrada, de la debilidad de nuestra naturaleza y de la necesidad que tiene de la gracia del Espíritu Santo para fortalecerse contra sus propias enfermedades: «Aspiremos á la perfección cristiana; sigamos un poco á Jesucristo en el estrecho camino, y nuestra experiencia nos hará reconocer bien pronto nuestra enfermedad. Entonces será cuando, fatigados por las pertinacias opuestas de la codicia, confesaremos que las fuerzas nos faltan si la gracia divina no nos sostiene. Porque, en fin, no es una obra humana la de dominar á este enemigo doméstico que nos persigue tan vivamente y que no nos da ningún descanso. Siendo así desgarrados en nosotros mismos, nos consumamos por nuestros propios esfuerzos. Y no pensemos que podemos relevarnos del sufrimiento por nuestro natural vigor, pues este se disminuye, sucediendo lo que al pobre enfermo moribundo, que no sabe lo que hacerse. Imagina que levantándose podrá aliviarse un poco, y acaba por perder su escasa fuerza, en un trabajo que no puede soportar; y después de haberse atormentado mucho, arrastrando sus miembros doblemente pesados por una inercia extrema, vuelve á caer como una piedra, sin pulso y sin movimiento, más débil y más impotente que nunca. Lo mismo sucede con nuestras voluntades, si no son auxiliadas por la gracia».

Los auxilios del Espíritu Santo son indispensables para hacernos triunfar de las propensiones de nuestra naturaleza. ¡Cuánto más necesarios serán para hacernos aceptar el sufrimiento con resignación y amor, en conformidad con el divino Crucificado, es decir, para elevarnos por encima de

nuestra naturaleza á toda la altura que separa la tierra del cielo!

En las páginas precedentes de este libro hemos hecho pasar sucesivamente ante tus ojos, lector querido, las grandes víctimas de la humanidad. Después de haber mostrado ante tus ojos la sangre del Hombre-Dios, corriendo de sus heridas, como de otros tantos ríos sagrados, salidos de la cima del Gólgota; después de haberte mostrado erguida al pie de la cruz de su Hijo, á la heroica Madre de Jesús, segunda víctima del género humano, te hemos dicho: contempla á los apóstoles y á los mártires; contempla á través de los siglos cristianos esa no interrumpida serie de víctimas voluntarias, larga cadena de oro teñida con la púrpura de su sangre, de la cual el primer anillo se ata á la cruz del Calvario: ellos también han sufrido: ellos también han dado su sangre y su vida; y, sufriendo y muriendo con su divina Cabeza, continuaron la obra de la salvación del mundo. Esto es lo que hemos dicho, lector querido, y tú no lo habrás olvidado. Pero lo que no hemos dicho todavía de una manera bastante explícita, es que esos apóstoles, esos mártires, esas víctimas voluntarias, son deudores al Espíritu Santo de haberse elevado tan noblemente por encima de sí mismos, siendo dignos continuadores del sangriento sacrificio de la Cruz.

Lazo eterno del Padre y del Hijo, y poseyendo en sí mismo una fuerza de unión infinita, es el Espíritu Santo también el lazo que une los miembros á la Cabeza, es decir, la Iglesia y cada uno de los fieles á Jesucristo, para hacerlos participantes de su vida divina. Por una operación maravillosa de la cual sólo él posee el secreto, «se desliza eficazmente en las almas», como lo expresa Bossuet, y pone en circulación, si así puede decirse, la sangre de Jesucristo para aplicar su virtud. El las ilumina con su luz, las anima con su aliento, las inflama con sus ardores y las vivifica con la inefable comunicación de su divina vitalidad. Oid sobre esta presencia del Espíritu Santo en la Iglesia, y sobre la misteriosa influencia que ejerce en las al-

mas y en los corazones, marcados con el sello del bautismo, las elocuentes palabras del ilustre Obispo de Tulla, Monseñor Berthaud. El inmortal Pío IX acababa de proclamar dogma de fe el de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen María, Madre de Dios. El sabio Prelado dió á luz en esta ocasión una carta pastoral para la publicación del documento apostólico que definió este dogma sagrado, expresándose así: «El Espíritu Santo está en la Iglesia, y es su alma infinita, fuerte y suave al mismo tiempo. Su presencia habitual se revela, sin duda, por una acción continua. La Iglesia vive siempre; y siente dentro de ella, sin interrupción, este sople inspirador. Pero en determinados momentos se siente agitada por un movimiento especial. Según lo exigen sus deberes y necesidades, el espíritu la trasforma. En los días del martirio, la imprime valerosas energías: en las épocas en que tiene lugar la promulgación de los dogmas, anima á la muchedumbre de los fieles á creer con amor. Un grande y dulce movimiento se marca entonces en esta vasta Iglesia, cuyos miembros son excitados y atraídos hacia la fe. La palabra del dogma cae en espacios espirituales, donde todo la espera: no es una violencia, es un rocío para los tallos impacientes. La virtud de la fe, la costumbre religiosa, no hacen esto, sino con un auxilio especial del Espíritu Santo».

En la misma alocución explica el elocuente Prelado cómo el alma fiel atrae hacia sí una comunicación, más ó menos abundante del Espíritu divino, según que su cooperación es más ó menos generosa, expresándose como sigue: «Cada alma recibe efusiones (de la vida con que el Espíritu Santo anima el cuerpo de la Iglesia) según coopera más ó menos generosamente. Algunas veces hay más cantidad de gracia en el alma de un pobre fiel, que en la de las potestades de la Iglesia. Esto, que forma la belleza íntima del alma, depende de ella, y en este sentido es como Dios, que da siempre los primeros elementos indispensables, se ha sujetado á recompensar invariablemente la fi-

delidad con dones nuevos. En este orden, la gracia no puede medirse, según las leyes dictadas por la necesidad del conjunto, sino que es repartida conforme al valor de los actos individuales.

He aquí por qué puede consolarse y enorgullirse todo miembro del cuerpo de Jesucristo. Delante de sí no halla duras barreras: nada comprime su vuelo, que es libre, en el campo del progreso espiritual: si quiere ser perfecto, lo será; la inagotable gracia está á su alcance: los pequeños pueden hacerse muy grandes, y tienen la parte que quieren en la vida divina». He aquí, seguramente, una doctrina bien consoladora. Recógela, piadoso lector, para estimularte á recurrir á este divino Espíritu, sobre todo, en tus penas y tribulaciones. Acaban de decírtelo: su gracia te es necesaria para sufrir de una manera meritoria para el cielo; y esta gracia, puesta á tu disposición con una liberalidad toda divina, producirá en ti frutos de una vida eterna, según la medida de tu libre cooperación.

Tú sabes lo que eran los Apóstoles antes de haber recibido el Espíritu Santo: eran hombres ignorantes, groseros, tímidos; pero tan pronto como le recibieron, volviéronse hombres nuevos, llenos de luz, de elevación y de valor. Algún tiempo antes de su pasión, en una conversación íntima que tuvo con ellos nuestro Señor, les dijo: «Ahora yo vuelvo hacia el que me ha enviado..... Y he aquí que la tristeza llena vuestros corazones porque os digo estas palabras. Pero os lo digo de verdad; es conveniente para vosotros que yo me vaya. Sin esta condición el Espíritu Paraclito no vendrá á vosotros. Y si yo me voy os lo enviaré».

Esto fué tanto como decirlos claramente: Os falta alguna cosa esencial para ser mis verdaderos discípulos. Vosotros no comprendéis todavía el misterio de mis abatimientos y de mis dolores: vosotros no soñáis más que con un reino temporal para mí y para vosotros: en vuestro valor hay más ardor que fuerza; y es que todavía os domina el espíritu terrestre. Habéis oído mis palabras; pero no

habéis recibido todavía mi espíritu. El vendrá á vosotros y os enseñará todas las cosas, y os hará comprender todo lo que os he dicho: *Palacitus autem Spiritus Sanctus quem mittet Pater in nomine meo, ille vos docebit omnia et suggeret vobis omnia quaecumque dixerit vobis.* (Joan., XIV, 26.)

El santo día de Pentecostés justificó solemnemente estas palabras del divino Maestro, con la admirable transformación que la venida del Espíritu Santo obró sobre los Apóstoles y los discípulos, reunidos en el Cenáculo con la augustísima María, Madre de Dios.

Explicando San Agustín esta sublime doctrina llama al Espíritu Santo el alma de la Iglesia y nos dice: «Ved lo que hace el alma en el cuerpo: ella da á todos los miembros la vida y el movimiento; ella ve por los ojos..... habla con la lengua..... obra con las manos..... imprime á cada órgano la acción que le es propia». Lo mismo hace el Espíritu Santo en la Iglesia de Dios y en los Santos que son sus miembros vivos. En los unos obra los milagros; en los otros enseña la doctrina de la verdad: en éstos conserva la pureza virginal; en aquellos la modestia y el pudor. Los miembros de este cuerpo místico tienen cada uno sus operaciones; pero viven unidos por los lazos de la caridad: tal es la obra del Espíritu Santo. Este divino Espíritu es en el cuerpo de Jesucristo, que es la Iglesia, lo que es el alma en el cuerpo á quien anima: y lo que hace ésta en todos los miembros de un mismo cuerpo, lo hace el Espíritu Santo en toda la Iglesia (1)».

¿Quieres tú ser un apóstol del sufrimiento? Pues es preciso que el Espíritu Santo sea como el alma de tu sufrimiento; es decir, es preciso que El le vivifique con su soplo divino, que El le una á los sufrimientos de Jesucristo, que es su cabeza, y que por esta unión se convierta en sufrimiento *defectivo*, en el de un miembro vivo de Jesucristo, Hijo de

(1) S. Aug., Serm. II, in Fer. II, Pent.

Dios y Salvador del mundo. Sin esto, tu sufrimiento será como el de un miembro amputado, al que no llega la vida del cuerpo, del que ha sido separado. Escucha todavía á San Agustín: «Córtese un miembro del cuerpo humano, por ejemplo, una mano, un dedo, un pie. ¿Sigue el alma á este miembro cortado? Mientras que él estaba unido al cuerpo vivía; pero, una vez cortado, perdió la vida. Así el hombre es católico mientras vive en el cuerpo de la Iglesia. Cortado de este cuerpo es hereje. El Espíritu Santo no sigue á este miembro amputado. Si, pues, queréis vivir con el Espíritu Santo, guardad la caridad, amad la verdad, desead la unidad, á fin de llegar á la eternidad (1)».

El Santo Doctor se propone en este pasaje mostrar á los fieles que si quieren la presencia del Espíritu Santo, es necesario que permanezcan unidos al cuerpo místico de Jesucristo, como miembros vivos de su vida, puesto que el divino Espíritu es el alma de estos cuerpos y el alma deja de animar á los miembros separados del cuerpo, á los cuales estaba unida. Pero el Santo Doctor enseña también en términos formales que el Espíritu Santo es en la Iglesia, no sólo como un principio de unión y de vida para todos sus miembros, sino también como un principio de movimiento y de acción..... ¡Gran consuelo es para nosotros saber que el Espíritu Santo, no sólo habita en nosotros como en sus templos, sino que tiene con nosotros tal unión y hace en nosotros operaciones, de tal manera íntimas, que San Agustín, como lo acabamos de decir, no teme compararlos con la acción del alma en el cuerpo, á que está unido. Tales son las conclusiones que podemos justamente deducir de estos diversos pasajes. Por lo cual tenemos igualmente derecho á terminar diciendo: que si nuestros sufrimientos no son vivificados y santificados por la gracia del Espíritu Santo, son sufrimientos muertos, y, por consecuencia, inútiles: pero si este divino Espíritu los

(1) S. Aug., Serm. II, in Fer. II, Pent.

anima con el soplo vivificante de su caridad, se hacen partícipes de su virtud divina y se elevan al orden sobrenatural, volviéndose meritorios y deíficos.

Tengamos, pues, los auxilios de este divino Espíritu, que no solamente dará la deificación á nuestros sufrimientos, sino concederá alivios y consuelos para soportarlos santamente y con alegría. ¿No es El Paracleto, el consolador por excelencia? Escucha la enumeración conmovedora que hace San Juan Crisóstomo de las inefables operaciones del Espíritu Santo en nuestras almas, y, por consiguiente, de sus innumerables beneficios. «El Espíritu Santo—dice este Santo y elocuente Doctor—es la perfección espiritual de nuestra alma, el sol de los ojos de nuestro espíritu, el lazo de nuestra unión con Jesucristo, el dichoso estremecimiento de las almas, la alegría de los corazones..... Es el consuelo de los que lloran..... el reposo del espíritu..... Por El los profetas son ilustrados, los reyes ungidos con la unción sagrada, los sacerdotes ordenados, la Iglesia santificada, los altares elevados, el santo crisma consagrado, purificadas las aguas, expulsados los demonios y curadas las enfermedades».

Tengamos los auxilios del Espíritu Santo. El nos dará valor y fuerza en medio de los combates y las tribulaciones. «El es, dice San Bernardo, quien da vigor á la vida; y esto, que es imposible por la naturaleza, se hace posible y fácil por la gracia».

Tengamos los auxilios del Espíritu Santo. El nos transformará como transformó á los Apóstoles de quien el Santo Crisóstomo dijo: «Por la virtud del Espíritu Santo llegaron á ser pescadores de hombres, torres y columnas inquebrantables..... jefes y doctores..... pilotos y pastores, atletas, vigorosos combatientes, vencedores que llevaban coronas en su cabeza».

Tengamos los auxilios del Espíritu Santo, y haremos la dulce experiencia de la verdad, expresada en estas palabras de San Pedro Damiano: *Qui Spi-*

ritu divinitatis afflatur, conculcatis terrestribus, caelestibus inhiat et æternis. «Al que el Espíritu de la divinidad anima con su soplo, arroja á sus pies las cosas de la tierra y no suspira más que por las del cielo y de la eternidad».

Pero tengamos cuidado y no olvidemos nunca esta caritativa recomendación del gran San Basilio: «Lo mismo que en un espejo sucio y empañado no pueden verse las imágenes de los objetos, así el hombre no puede recibir la luz del Espíritu Santo, si no arroja de sí el pecado y las afecciones de la carne».

En fin, recordemos que cuando el Espíritu Santo descendió sobre los Apóstoles, la augusta Madre de Dios, la Santísima Virgen se hallaba en medio de ellos, siendo de alguna manera su intermediaria para que recibieran este divino Espíritu. ¿Queremos que descienda sobre nosotros con la plenitud de sus dones? ¿Queremos, sobre todo, que conceda abundantemente á nuestros sufrimientos, á nuestras penas, á nuestros trabajos, á nuestras tribulaciones la virtud deífica que los hará meritorios para nosotros y saludables para los demás? En una palabra: ¿Queremos ser verdaderos apóstoles del sufrimiento? Pues dirijámonos á María, nuestra dulce Madre, y supliquémosla por amor de su Hijo amantísimo que nos obtenga la amistad, el favor, las gracias y todos los dones del Espíritu Santo, su divino Esposo. Unámonos á las santas disposiciones de su corazón virginal y conjurémosla para que diga con nosotros esta oración conmovedora que San Agustín dirigía al Espíritu Santo: «Inspíradme para pensar siempre en acciones santas; obligadme á cumplirlas; exhortadme á amaros; fortificadme para que os conserve; guardadme para que no tenga la desgracia de perderos: *Sanctum semper opus in me spira ut cogitem; compelle ut faciam; suade ut te diligam; confirma me ut te teneam; custodi me ne te perdam* (1)».

(1) Soliloq.

CAPÍTULO XV.

EL APOSTOLADO DEL SUFRIMIENTO EN LAS FAMILIAS Y ENTRE LOS SIMPLES FIELES.

Réstanos decir dónde debe ejercerse este apostolado del sufrimiento, cuya excelencia y misteriosa fecundidad acaban de revelarnos las consideraciones precedentes. ¿Cuál es el campo, el teatro sobre el cual los apóstoles del sufrimiento han de realizar su misión? El campo del celo católico es el mundo entero; y el verdadero apóstol del sufrimiento no excluye de sus intenciones caritativas á ninguna de las almas que Jesucristo ha rescatado con su sangre. Sin embargo, aunque El padece por todos los hombres en general, dirige más especialmente la acción misteriosa de sus sufrimientos sobre los que el Espíritu Santo le designa.

Entra, en efecto, en los designios de Dios, y la armonía general de sus obras lo exige, que cada obrero trabaje en la viña del Señor la porción que se le asigna, á fin de que, concentrando principalmente sus fuerzas sobre este punto particular, trabaje con mayor eficacia. Y esto es lo que el Espíritu Santo tiene la costumbre de inspirar á las almas que se dejan conducir por su gracia. Al soplo vivificante de este divino Espíritu, el alma cristiana, el corazón cristiano, reciben como una doble impulsión, como un doble movimiento. El uno es universal y la lleva á derramar su afecto y su celo sobre todos los miembros de Jesucristo, sobre todos los hijos de la Iglesia; y si esta alma se ha engrandecido al contacto del sagrado Corazón de Jesús, también sobre la humanidad entera, para conducirla al servicio y al amor de su Criador.

Pero al lado de este movimiento universal que hace que el alma fiel se derrame sobre el mundo, como para que sean más fecundos su oración, sus